

Presentación

Publicamos el quinto número de "PERU LUCHA", con la intención de brindar y difundir nuestros planteamientos acerca de la situación política del Perú. Para su mejor comprensión, nos parece indispensable incluir, además, otros análisis referentes a la situación internacional, la ideología, la política, la economía, etc.

Nuestro propósito es, partiendo de la ideología y política de la clase obrera, es decir del marxismo-leninismo-maoísmo, pensamiento Gonzalo, analizar principalmente la compleja, difícil y riesgosa situación por la que atraviesa el proceso revolucionario del Perú. Esta tarea es impostergable, más aún hoy, que el Partido Comunista del Perú, bajo la jefatura del Presidente Gonzalo, llama a asumir y combatir por una Nueva Gran Decisión y Gran Definición, concretada en "Luchar por un Acuerdo de Paz y Sentar Bases para el II Congreso".



El camino de los explotadores, el camino burocrático, sigue desenvolviéndose en sus leyes. En los últimos años del siglo pasado, se produjo el prólogo de su formación; hoy ha entrado a sentar bases y se viabiliza, marchando inevitablemente hacia su ruina final. Este proceso de desarrollo analizado por el Presidente Gonzalo, nos muestra nítidamente que el capitalismo burocrático, a pesar de su actual recuperación transitoria, es un cadáver insepulto que irremediamente se encamina a su tumba. Tiempo más, tiempo menos, el pueblo peruano, dirigido por su vanguardia, será el encargado de barrerlo definitivamente.

Debemos exigirnos diferenciar el proceso de las dos colinas: de la revolución y de la contrarrevolución. El reimpulso del capitalismo burocrático, los progresos en la reestructuración de su viejo Estado y los éxitos en su política antisubversiva, especialmente la detención de la jefatura del Partido Comunista del Perú, es decir, el avance de sus tres tareas contrarrevolucionarias, no significan un proceso de recuperación para nuestro pueblo, sino, muy al contrario, establecen condiciones para una mayor explotación, hambre, miseria y un mayor dominio imperialista.

La detención de la Dirección Central del PCP es un golpe decisivo que repercute directa, larga y estratégicamente en el PCP, la guerra popular y la revolución peruana. Eso es lo que los hechos muestran con absoluta evidencia, no puede escapar a nadie y, ante esa realidad, no se puede cerrar los ojos.

La coyuntura internacional de ofensiva general del imperialismo y de repliegue político general de la revolución proletaria mundial, repercute directamente en el camino del pueblo. Un movimiento popular debilitado requiere de tiempo para un nuevo ascenso y para desarrollarse organizadamente bajo la dirección del Partido. Las condiciones indispensables para la toma del Poder son seis: dirección proletaria, base de masas, centralización estratégica, ejército de nuevo tipo, guerra popular prolongada y condiciones internacionales favorables. Que la última no existe es para todos

evidente, pero la principal es la primera, la Dirección Proletaria, pues de ella deriva lo demás. Hoy, el Presidente Gonzalo y la dirección central del PCP establecen una sabia y correcta política que apunta a que el PCP sea gozne de la revolución proletaria mundial y eje de la revolución peruana y cumpla su gran misión como vanguardia organizada del proletariado.

Frente a la complejidad de los problemas que se afrontan, no es de extrañar el que se genere posiciones contrarias, en especial una línea ultraizquierdista. La falta de claridad e incapacidad de análisis y síntesis de la realidad concreta de nuestro país los lleva a coincidir con la reacción y el revisionismo en sus intentos de destruir al Partido. Ya en octubre se planteó: "Si en el Partido se impusiera una línea ultraizquierdista tras la falsa bandera de 'Mantener la lucha a ultranza', se abriría el peligro de una alianza con la oposición, incluidos los revisionistas, oportunistas y lacayos que violentamente atacan nuestro planteamiento de acuerdo de paz..." y que "tal 'alianza', declarada o tácita, ... amenazaría la vida misma del Partido promoviendo su destrucción". Pero, contra ese siniestro engendro, se levantaría indoblegable la izquierda del Partido comandada por la Nueva Fracción Roja que, más pronto que tarde, se impondrá en todo el Partido y las fuerzas revolucionarias. El Presidente Gonzalo plantea que se "debe desarrollar la lucha entre dos líneas, apuntando a unir, bregar, porque el desbande sea el menor posible; el Partido es fuerte en política, pero estar dispuestos a que queden sólo pocos; seremos los más probados ...". Esta experiencia ya se vivió antes. Recordar que en 1979, cuando se trataba de definir el inicio de la guerra popular, fueron muchos los que se opusieron a emprender esta tarea histórica y fueron barridos por la Fracción Roja.

Por lo dicho en términos generales, usaremos esta tribuna como un arma que sirva a potenciar nuestra lucha por el llamamiento que nos hace el jefe del PCP, el Presidente Gonzalo, en función de "Luchar por la Nueva Gran Decisión y Gran Definición".

Octubre, 1994.

REPLIEGUE POLÍTICO GENERAL DE LA REVOLUCIÓN PROLETARIA MUNDIAL Y FUTURA NUEVA GRAN OLA

En base del análisis profundo de la situación internacional, el Presidente Gonzalo, jefe del Partido Comunista del Perú, plantea que la revolución proletaria mundial está en un repliegue político general que marca el final de su primera gran ola. Al mismo tiempo, este repliegue es el prólogo de un futuro desarrollo mucho más alto de la revolución y la perspectiva histórica es una nueva gran ola, en la cual el socialismo se impondrá en todo el mundo definitivamente.

Esta posición se apoya en hechos. Si vemos la situación del movimiento comunista internacional, constatamos que se encuentra en un punto bajo de su desarrollo. La ideología proletaria, el marxismo, ocupa poco o ningún espacio en la conciencia de los hombres; la gran masa del pueblo se ha tornado en contra de la revolución o está insegura del camino a seguir. En consecuencia, los pocos movimientos políticos aún existentes, raras veces luchan por implantar un nuevo sistema social; solamente tratan de amenguar los efectos negativos del sistema existente. En los últimos años, muchos movimientos de liberación nacional han buscado acuerdos pacíficos con el enemigo y abandonado sus metas revolucionarias; otros se guían por ideologías burguesas o hasta feudales, históricamente caducas y así sirven, consciente o inconscientemente, al imperialismo. En los años cincuenta una tercera parte de la población mundial vivía bajo la bandera roja del proletariado; hoy ya no existe ningún país socialista en toda la Tierra.

Todo esto son claras características de un repliegue político general. No se trata de un fenómeno nuevo en la historia. Si seguimos la curva de desarrollo de la revolución, vemos un movimiento ondulante, pero constantemente ascendiente, que alcanzó su punto más alto entre 1966 y 1976. (Ver gráfico.) A partir de ahí, cayó rápidamente hasta llegar a su punto más bajo en los últimos cien años.

Desde el comienzo, la lucha del proletariado se caracterizó por el cambio entre ascenso y repliegue. En el año 1848 se escuchó por primera vez el grito "¡Abajo la burguesía!" en las calles de París. El proletariado, que hasta entonces había luchado al lado de la burguesía por la abolición del Estado feudal, se levantó en protesta contra su creciente explotación y pauperización e hizo sus demandas de clase. El levantamiento fue reprimido a sangre y fuego después de una semana de ardua lucha, pero con él, el proletariado como clase, había entrado a la historia e iniciado su lucha por el Poder.

La derrota de los obreros de París repercutió mucho más allá de las fronteras de Francia y llevó a un retroceso de la lucha del proletariado en toda Europa, mientras, al mismo tiempo, el capitalismo llegó a un desarrollo nunca antes visto. Encabezado por Marx y Engels, el movimiento obrero progresista entró en una etapa de intensa lucha ideológica, en cuyo transcurso se impusieron las ideas marxistas, culminando con la fundación de la I. Internacional en 1864.



Algunos años después, la revolución alcanzó otro punto alto con la Comuna de París. Después de la derrota de Francia en la guerra franco-prusiana de 1871, los obreros armados ocuparon París y proclamaron la Comuna. Por primera vez en la historia, el proletariado ejercía el Poder y lo defendía con las armas. Después de 100 días, el gobierno francés, con ayuda de los alemanes, logró

reconquistar la ciudad. Los últimos defensores de la Comuna cayeron en el cementerio "Pere Lachaise"; detenciones en masa y las ejecuciones continuaron y así terminó este capítulo heroico de la lucha de clases entre proletariado y burguesía.

Esta nueva derrota había demostrado que la clase obrera todavía no estaba en condiciones de conquistar el Poder y mantenerse en él definitivamente. Engels hizo el balance y llegó a la conclusión, que la causa del fracaso de la Comuna era la falta de formas de lucha y de organización propias y que el proletariado no podría tomar el Poder hasta la solución de estos problemas. Predijo un repliegue político prolongado y los acontecimientos le dieron la razón. La I. Internacional prácticamente se disolvió y la persecución de los comunistas aumentó; simultáneamente, el capitalismo entró a su fase superior y última, el imperialismo, y empezó un nuevo reparto del mundo, que llevó finalmente a la I. Guerra Mundial.



Recién décadas después, Lenin resolvió los problemas pendientes; él creó el Partido de nuevo tipo que, en octubre 1917, dirigió victoriosamente la insurrección armada en Rusia. Por primera vez, el proletariado logró conquistar el Poder y construir un Estado socialista. Este punto culminante de la revolución proletaria dio un nuevo impulso a la lucha de clases a nivel mundial, llevándola a un nuevo auge.

En 1949, la revolución china, dirigida por el Presidente Mao Tse-tung, conquistó otro gran triunfo con la toma del Poder en todo el país, resolviendo el problema de la conquista del Poder para el proletariado y el pueblo en una nación oprimida. Las experiencias de la revolución china, permitieron la alianza del movimiento de liberación nacional en las naciones oprimidas con el movimiento proletario internacional y así, revolución y contrarrevolución, entraron al equilibrio estratégico. En lo sucesivo, los movimientos de liberación nacional en los países del tercer mundo vivieron un auge nunca antes visto.

Sin embargo, en 1956 se dio un retroceso por un fenómeno hasta entonces desconocido; en la URSS la burguesía, infiltrándose en el Partido, logró restaurar su Poder. Un grupo de revisionistas, encabezado por Jruschov, se puso al mando del Partido y del Estado y, con el pretexto de un supuesto desarrollo del marxismo, negaron sus principios y convirtieron la URSS socialista, paso a paso, en un Estado fascista con dirección revisionista y un sistema económico de capitalismo de Estado. A continuación desarrollaron un social imperialismo, entrando en contienda con los EE.UU. por el predominio en el mundo. Debido al gran prestigio del Partido Comunista de la URSS (PCUS), las consecuencias fueron graves. Muchos partidos comunistas siguieron este cambio de rumbo, adoptando posiciones revisionistas. Especialmente, los partidos en los países socialistas de Europa oriental tomaron el mismo camino que el PCUS y restauraron el capitalismo.

En China, se dieron maquinaciones parecidas y, a comienzos de los años sesenta, importantes posiciones en el Partido y el Estado ya estaban ocupadas por fuerzas burguesas. El Presidente Mao asumió la lucha contra la restauración del Poder de la burguesía a nivel internacional y en la propia China. Desenmascaró el régimen de la Unión Soviética como social imperialista y movilizó al pueblo de su propio país en la revolución cultural, para defender el Estado socialista contra los funcionarios corruptos con ideas burguesas. Millones de personas siguieron su llamado y se inició una gran depuración de Partido, Ejército y Estado. La revolución proletaria alcanzó otro gran ascenso y el punto más alto de su desarrollo hasta hoy. La ofensiva estratégica había comenzado.

Pero en 1976 murió el Presidente Mao y los funcionarios combatidos por él lograron someter al ejército bajo su control, aprovechando la situación para un golpe de Estado y su regreso al Poder. De

inmediato declararon por terminada la revolución cultural, revocaron todos sus logros y medidas y, con el pretexto de la 'modernización', reinstauraron las relaciones de producción capitalistas. Así se perdió el Poder también en el último bastión del socialismo.

Pero el social imperialismo no se dio por satisfecho. A mediados de los años ochenta, Gorbachov asumió el Poder en la URSS y dio un paso más allá. El sistema económico de capitalismo de Estado había entrado en crisis, lo que hizo necesaria una reestructuración. Por consiguiente, Gorbachov convocó a la llamada "Perestroika" y empezó con el barrimiento de todo lo que aún quedaba de socialismo en la URSS. Encontró el apoyo y la aprobación entusiasta del imperialismo norteamericano y del líder chino Teng, porque vieron que las medidas de Gorbachov coincidían completamente con sus intereses. Finalmente se dirigieron unidos al ataque abierto, iniciando una ofensiva internacional contra el marxismo y poniendo al descubierto los defectos del sistema social imperialista, haciéndolos aparentar como fracaso del socialismo. A voz en cuello propagaron que el comunismo era una utopía no realizable y el sistema demoliberal, a pesar de sus defectos, el mejor de todos los sistemas. Así, en la URSS y en los Estados bajo su dominio, se crearon las condiciones para establecer un sistema económico de libre mercado y regresar al parlamentarismo burgués, lo que culminó en la descomposición de la URSS. Un desarrollo parecido se dio en los países de Europa oriental. Esta ofensiva contrarrevolucionaria ha tenido su repercusión en la opinión pública internacional y es la causa principal del presente repliegue político general.

Sin embargo, el imperialismo se equivoca al creerse vencedor en la lucha entre revolución y contrarrevolución. Una de las grandes lecciones del proceso de la revolución proletaria mundial, es que el camino al triunfo sólo es posible a través de avances y retrocesos. Esa es la ley de toda transformación social. Jamás una clase ha podido conquistar el poder y mantenerlo definitivamente con el primer intento. La burguesía necesitó 300 años para consolidar su dominio; la revolución proletaria lleva poco más de 140 años hasta hoy y, en este periodo relativamente corto, ha conquistado grandes victorias. El proletariado ha aprendido a tomar el Poder y defenderlo y, cuando lo logró, comprobó la gran superioridad de su ideología y sistema social frente a todos los anteriores, en especial al sistema capitalista-burgués. Rusia, país atrasado en comparación con otras potencias europeas, unió las nacionalidades desde el Mar Báltico hasta el lejano oriente, en la Unión Soviética y, bajo la dictadura del proletariado, en poco tiempo se convirtió en una de las más grandes potencias industriales en el mundo. Cuando, en la II Guerra Mundial fue asaltada por las bandas Nazis del imperialismo alemán, se defendió heroicamente y construyó, en pocos años, una de las más grandes fuerzas militares del mundo, expulsándolas de su país. Antes de la revolución, China era un país marcado por el atraso feudal, dividido internamente, oprimido por el imperialismo y con una población de cientos de millones que vivían en una miseria indescriptible. En sólo pocos años, bajo el Poder del Partido Comunista y con la magistral dirección del Presidente Mao, devino en un país altamente industrializado. Con la revolución cultural hizo surgir el más grande movimiento de masas en la historia mundial; mostró el camino para proseguir la revolución bajo la dictadura del proletariado y cómo defender los intereses del pueblo contra una minoría de autoridades corruptas, que son la avanzada de la burguesía en las filas del proletariado.

En medio de este proceso se ha descubierto muchas leyes de desarrollo de la revolución proletaria mundial, las que se han sistematizado en el marxismo-leninismo-maoísmo, que a su vez, constituye un arma invencible en las manos del proletariado y de los pueblos oprimidos. Existen partidos comunistas que han adoptado el maoísmo como nueva, tercera y superior etapa del marxismo y que están empeñados en aplicarlo a la revolución en su propio país.

Así, la recuperación actual del imperialismo necesariamente sólo va a ser transitoria. Sin embargo, no se puede negar que hoy está a la ofensiva, tratando de sacar el mayor provecho posible del repliegue político general de la revolución. La recuperación tiene su base material en el desarrollo de nuevas ramas de producción, como la informática, la electrónica o la biogenética; en una

creciente militarización de la industria; en la tendencia a la privatización, no sólo de los medios de producción que mantenía el Estado hasta ahora, sino también de las funciones estatales, como el seguro social o los sistemas de educación y salud. Sin embargo, el aspecto principal es la cada vez mayor explotación de los pueblos en sus propios países y, especialmente, la mayor explotación de las naciones oprimidas. Todo ello conforma un inmenso botín, pero también agudiza las contradicciones. Nunca antes en el mundo había una acumulación de tanta riqueza en pocas manos, al lado de tanta hambre y miseria.

Así, la ofensiva actual del imperialismo es el caldo de cultivo para nuevos conflictos y el resurgimiento de luchas revolucionarias, que desembocarán en una nueva gran ola de la revolución proletaria mundial. El sistema imperialista, pues, se ha vuelto caduco, porque ya no permite ningún desarrollo de la humanidad. Por tanto, está condenado a morir y, a la recuperación transitoria, le sigue una crisis aún más profunda.



Esa es su ley que la acerca cada vez más a su hundimiento. La historia ha comprobado hasta la saciedad, como Marx lo estableció, la teoría de las crisis de sobreproducción cíclicas que forman parte ineludible del sistema. Y cada crisis conlleva una mayor pauperización del pueblo, guerras y la irracional destrucción de enormes medios de producción. Tan caduco como el sistema, es la clase que se beneficia de él, la gran burguesía monopolista, que ha devenido en parásito de la sociedad. Frente a ello se levantan los intereses de la mayoría exorbitante de las masas populares, que se expresarán en la lucha de los oprimidos contra los opresores y que crecerán en la medida que aumenten la opresión y la explotación.

Decisivos para el desarrollo de la nueva gran ola de la revolución proletaria mundial, son los partidos comunistas de Nuevo Tipo, marxistas-leninistas-maoístas, poniéndose a la cabeza para politizar, movilizar y organizar a las masas, dirigiéndolas hacia el derrumbamiento definitivo del sistema capitalista. El Partido Comunista del Perú tiene gran responsabilidad en este proceso; hoy es el partido comunista más desarrollado ideológica, política y militarmente en el mundo que -bajo la magistral jefatura del Presidente Gonzalo, aplicando el maoísmo a las condiciones concretas de la revolución peruana-, en más de 14 años de guerra popular, ha llevado la revolución en el Perú hasta el equilibrio estratégico, comprobando así la validez universal del maoísmo en teoría y práctica. Hoy, el Presidente Gonzalo define el repliegue político general y llama a todos los comunistas del mundo a analizar sus condiciones concretas y prepararse para la nueva gran ola. Sólo será posible usando correctamente su arma principal, la ideología proletaria, lo que implica la entronización y aplicación creadora del maoísmo.

CUESTIONES DEL MARXISMO-LENINISMO-MAOISMO:

¿NINGÚN COMPROMISO?

En setiembre 1993 el Presidente Gonzalo, jefe del Partido Comunista del Perú, hizo un llamado a luchar por un acuerdo de paz con el gobierno peruano y de crear las condiciones para un II Congreso del Partido. En posteriores documentos sostiene que el acuerdo de paz es un paso necesario para poder mantener los logros de la revolución y desarrollarla.

De hecho, en la historia de la revolución proletaria mundial los compromisos con el adversario han jugado un papel importante. Lenin decía que era ingenuo pensar que la revolución podría desarrollarse como un movimiento ascendente, ininterrumpido, sin dar jamás un paso atrás. El camino zigzagueante de la revolución está condicionado por la acción de la contrarrevolución, que se opone constantemente a su avance y la hace retroceder. Los verdaderos revolucionarios son aquellos que no cierran los ojos ante las dificultades en el camino y, a pesar de ellas, no pierden de vista su meta.

Nos parece útil examinar cómo los grandes dirigentes comunistas han aplicado la política de los compromisos, usándolos para el desarrollo de la revolución. No se trata de hacer comparaciones mecanicistas entre situaciones históricas y las actuales condiciones en el Perú, sino nos es importante hacer entender que un compromiso no es equivalente a capitulación o traición, como lo sostiene el ala ultraizquierdista y pequeñoburguesa del movimiento comunista desde siempre. Al contrario, un compromiso puede servir a la revolución y al pueblo, si se basa en un análisis correcto de la situación, siendo muchas veces el único medio para desarrollar o evitar una derrota.

EL ACUERDO DE PAZ DE CHUNGCHING

Un ejemplo muy aleccionador de compromiso con el enemigo, a lo cual el Presidente Gonzalo ha hecho referencia en diferentes oportunidades, es el acuerdo de paz de Chungching entre el Partido Comunista de China (PCCH) y el reaccionario gobierno del Kuomintang del año 1945. Se llegó a él, en base del análisis correcto de las condiciones políticas, poco antes del término de la guerra antijaponesa, lo que se refleja en los acuerdos del VII Congreso del PCCH de abril 1945. En aquel momento, las tropas aliadas en Europa ya habían arrollado al enemigo y el ataque a Berlín había empezado, así que la derrota del ejército hitleriano sólo era cuestión de días. Esa situación necesariamente tenía que repercutir en la guerra antijaponesa de China. Allí la política del frente único antijaponés había dado sus frutos en el desarrollo exitoso de la guerra de resistencia, grandes territorios ya estaban liberados y los agresores japoneses, debilitados.



Así, el VII Congreso se centró en la cuestión de cómo continuar la revolución después de la victoria sobre los japoneses. En más de 8 años de guerra de resistencia, el PCCH había logrado conquistar bases de apoyo en todo el país y de construir un poderoso ejército; su influencia sobre el pueblo era grande, pero aún no estaba en condiciones para derrumbar al gobierno reaccionario de Chiang Kai-chek definitivamente. Además, era de prever que éste estaba tramando una guerra civil de amplia escala, después de la derrota de los japoneses, para aplastar al pueblo revolucionario. El problema era ganar las fuerzas unidas en el frente único antijaponés para la revolución. Entonces el Presidente Mao propuso la política de paz, democracia y unidad, cuya aplicación debería llevar al fin de la dictadura unipartidista del Kuomintang y a la formación de un gobierno de coalición de todos los

partidos democráticos y personalidades sin partido. Como base de unidad, presentó un programa que garantizase la construcción pacífica del país. Cogiendo las reivindicaciones del fundador del Kuomintang, Sun Yat-sen, consideraba los intereses de todas las fuerzas antifeudales y antiimperialistas y era idéntico con el programa de la revolución democrática del PCCH. De ahí derivó un programa concreto que planteó como puntos esenciales elecciones libres, la unificación del territorio manteniendo la administración autónoma local y la unificación de las fuerzas armadas de comunistas y Kuomintang, en un ejército nacional del pueblo bajo la dirección del gobierno de coalición.

Los siguientes acontecimientos confirmaron las previsiones del Presidente Mao. En Europa, la II Guerra Mundial llegó a su fin con la capitulación de los alemanes en mayo de 1945; poco después, en julio de 1945, la Conferencia de Potsdam de las potencias vencedoras hizo un llamado de capitulación incondicional al Japón; el 8 de agosto, la Unión soviética entró en la guerra en el lejano oriente y, dos días después, Mongolia le siguió, asumiendo, en conjunto, la lucha contra los japoneses en el noreste de China, dónde infligieron una derrota decisiva a la reserva estratégica general de las tropas japonesas, el Ejército de Kuantung. Simultáneamente, el 6 y 9 de agosto cayeron las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki. El 10 de agosto, finalmente, el gobierno japonés mandó una oferta de capitulación a los aliados. El gobierno chino se sintió llamado a recibir él solo la capitulación de los japoneses en China, negando este derecho a los representantes de las zonas liberadas y su ejército, bajo dirección del PCCH, aunque la carga y el mérito principales de la victoria correspondía a ellos, mientras Chiang Kai-shek con sus tropas se había retirado a las montañas. Después de la victoria negó toda legalidad a los comunistas y sus fuerzas armadas, declarándolos enemigos del pueblo. En vez de pugnar por el desarme y así poner en práctica la rendición de las tropas japonesas, ordenó el cese de las acciones contra el Japón e intensificó sus ataques a las zonas liberadas. Con este propósito, en algunos casos, se unió con las tropas japonesas, política que propagó como "llegar a la meta por el desvío". Así el país se vio amenazado por una guerra civil.

En cambio, el PCCH dio la directiva a sus tropas de avanzar, ocupar todo el territorio posible y obligar a los japoneses a entregar sus armas. Al mismo tiempo, mantuvo su oferta de formar un gobierno de coalición y respondió a los ataques del Kuomintang con una guerra de defensa propia.

De esta manera, la situación política de Chiang Kai-shek se complicó. Se vio enfrentado con la resistencia del pueblo en las zonas liberadas y una opinión pública nacional e internacional adversa. No le quedó otra salida que aceptar la propuesta del PCCH. En consecuencia, el 14, 20 y 23 de agosto le mandó tres telegramas, invitándole a negociaciones de paz en Chungking, reconociéndolo de facto como interlocutor válido, lo que en sí ya era una victoria política. El 28 de agosto 1945, una delegación del PCCH, encabezada por el Presidente Mao, viajó a Chungking dónde, después de 43 días de conversaciones, el 10 de octubre de 1945, se firmó un acuerdo de paz.

El acuerdo de paz estableció como fundamental la construcción pacífica del país y una política de paz, democracia y unidad, para así llegar a una cooperación de todas las fuerzas democráticas del país e impedir la guerra civil. Para asegurar la firma del acuerdo, el PCCH hizo grandes concesiones; entre otras, entregó ocho bases de apoyo al gobierno chino. En cambio, logró que en puntos esenciales fuera admitido el programa de revolución democrática, acordado en el VII Congreso. El trato garantizaba derechos del pueblo importantes, como la libertad de conciencia, de palabra, de prensa, de reunión y asociación; la supresión de los servicios secretos; la prohibición estricta a todos los organismos - excepto los judiciales y policiales - de efectuar interrogatorios, de hacer detenciones políticas y de imponer castigos; la liberación de todos los presos políticos; la promoción de la autonomía local y la convocatoria a elecciones generales desde el nivel inferior hasta los superiores. Para la aplicación del acuerdo de paz, se formaría una conferencia consultativa de representantes de todos los partidos democráticos y personalidades sin partido. Sin embargo, en dos asuntos

centrales no se llegó a ningún acuerdo: sobre la nacionalización de las tropas y sobre la legalización de los gobiernos en las zonas liberadas. Aunque el gobierno chino, en términos generales, se declaró de acuerdo con la democratización de la vida política y la nacionalización de las tropas, en el transcurso de las negociaciones se hizo evidente que propugnaba el sometimiento de los órganos de poder y del ejército del pueblo bajo su dirección. En respuesta, el PCCH propuso que el Consejo Militar estuviera compuesto por representantes de todas las fuerzas democráticas y, una vez puesto en práctica, resolviese las cuestiones pertinentes de la reorganización de las fuerzas armadas y su reducción, la organización de milicias populares como cuerpos locales de defensa propia y el mejoramiento de su abastecimiento. Respecto a los órganos de poder del pueblo, el PCCH sostuvo que, provisionalmente, debían ser nombrados por el gobierno central y estar compuestos por representantes de todos los partidos democráticos y personalidades sin partido para, posteriormente, llevar adelante elecciones generales a nivel local y provincial. Finalmente, se delegó la solución de este problema a la Conferencia Consultativa.

Después de la firma del acuerdo, el gobierno chino demostró pronto que no tenía la menor intención de cumplirlo. Mientras las negociaciones aún estaban en marcha, continuó sus ataques a las zonas liberadas. A fines de setiembre de 1945, empezó una gran ofensiva en diferentes partes del país. El PCCH asumió la defensa de las zonas liberadas y sus tropas detuvieron el avance del enemigo. Era evidente que Chiang Kai-chek no había abandonado sus planes de guerra civil, sino que el acuerdo de paz únicamente le servía para ganar tiempo y para concluir sus preparativos. Con la misma intención, en enero de 1946 convocó a la Conferencia Consultativa con la participación del PCCH y otros partidos democráticos, la que, el 10 de enero, dio la orden de alto al fuego. El gobierno chino lo rompió después de poco tiempo, atacando las bases de apoyo en diferentes puntos durante la primera mitad del año 1946. En junio, finalmente, pensaba tener suficiente fuerza para poder aniquilar definitivamente las tropas populares dentro de 3 a 6 meses y comenzó una ofensiva general contra las bases de apoyo de todo el país. La guerra civil, en amplia escala, se había hecho realidad. El ejército popular de liberación enfrentó los ataques con firmeza y, a pesar de su inferioridad numérica, detuvo la ofensiva del enemigo al cabo de 8 meses de dura lucha. Después empezó su contraofensiva, que terminó en 1949, con la toma del Poder en todo el país.

La política doble de Chiang Kai-chek aportó en forma decisiva a su derrumbe. Por un lado, las negociaciones de paz implicaban el reconocimiento del estatus quo con el PCCH, perdiendo efecto su campaña de guerra psicológica contra los "bandidos comunistas". Por otro lado, se hizo evidente que el PCCH representaba los intereses de las amplias masas populares y sus consignas de paz, democracia y unidad repercutieron ampliamente. En cambio, Chiang Kai-chek se desenmascaró como belicista y enemigo del pueblo, lo que hizo ver que la guerra del PCCH era una guerra justa de autodefensa. Al mismo tiempo, se aplicó en forma ejemplar el programa de la revolución democrática en la construcción de las bases de apoyo, lo que contrastaba enormemente con la política antipopular y proimperialista del gobierno. Además, se intensificó la propaganda en todo el país, llevando adelante campañas contra los criminales de guerra, traidores a la patria y agentes secretos, así como por el abaratamiento de los arriendos e intereses. Esta política correcta repercutía favorablemente en la parte indecisa de la población, especialmente en la pequeña burguesía citadina y la burguesía nacional de todo el país, en las zonas dominadas por el gobierno. Hubo sublevaciones, como el levantamiento de estudiantes de Kunming en noviembre de 1945, que el gobierno chino reprimió a sangre y fuego el primero de diciembre. La descomposición creciente del campo enemigo se manifestó en que unidades enteras de las tropas del Kuomintang se pasaron al ejército popular de liberación.

Así, el acuerdo de paz se mostró como una política decisiva para la consolidación y ampliación del frente único para la preparación de la contraofensiva.

LA RECUPERACIÓN ECONÓMICA EN EL PERÚ: ¿A QUIÉN SIRVE?

En 1993, la economía peruana logró un crecimiento del 6 %, lo que es un claro índice de recuperación después de años de decrecimiento. El gobierno de Fujimori se adjudica ese hecho como un éxito de su política económica, aplicada desde 1990, política que apuntó a un reajuste, de acuerdo a criterios liberalistas de economía de mercado. Sin embargo, ese éxito a nivel macroeconómico no implica que la situación de hambre, miseria y atraso de la mayoría de los peruanos estén en camino de ser superados; muy por el contrario, las condiciones de vida del pueblo empeoran cada vez más, porque la política del gobierno no resuelve las causas de los problemas del país. Sólo se trata de una evolución del capitalismo burocrático, sujeta a las orientaciones y necesidades del imperialismo, que beneficia únicamente a un pequeño sector de la gran burguesía y a los imperialistas.

La economía de un país atrasado como el Perú, se caracteriza por la subsistencia de la semifeudalidad y el sometimiento al imperialismo. Sobre esa base sólo se puede desarrollar un capitalismo decrepito y enfermo, el llamado capitalismo burocrático. El imperialismo utiliza los países atrasados para sacar materia prima y productos agrícolas a precios bajos, como mercado para sus productos y, en forma creciente, aprovechando los salarios bajos para la producción industrial que no exige mano de obra calificada; pero jamás permite que en esos países se construya una industria independiente y con una tecnología moderna que podría competir de igual a igual con los países imperialistas. Así, el imperialismo constriñe el desarrollo de las fuerzas productivas para mantener su dominio. Dentro de ese marco se ubica la política económica del gobierno de Fujimori.

Cuando el actual gobierno ascendió al poder en 1990, el país se encontraba en la mayor crisis política, económica y social desde hace 100 años. El PCP controlaba el 40% del país y la guerra popular había entrado al equilibrio estratégico. La economía estaba al borde del colapso; había 5000% de inflación, 24% de caída de producción y país declarado inelegible por el Fondo Monetario Internacional (FMI). La situación del pueblo estaba marcada por una pauperización galopante; casi la mitad de los peruanos vivían en pobreza crítica y la mortandad infantil estaba entre las más altas del mundo. En estas circunstancias, Fujimori, un tecnócrata populista de extracción de burguesía media, asume el gobierno y las 3 necesidades del viejo Estado: reimpulsar el capitalismo burocrático, reestructurar el Estado y aniquilar la guerra popular.

Una parte clave de su programa era la estabilización económica, que apuntaba a cumplir con todas las exigencias del FMI para lograr la llamada "reinserción" y atraer nuevos capitales en forma de préstamos e inversiones extranjeras directas. La primera medida que adoptó, a los pocos días de asumir el poder, era el llamado "Fujishock", devaluando la moneda nacional en un 1000% frente al dólar, lo que sirvió para cortar la hiperinflación y elevar el nivel de precios al promedio internacional. En consecuencia, los precios de los productos nacionales se dispararon, mientras que las importaciones se abarataron relativamente, pudiendo entrar en competencia ventajosa frente a la producción nacional. El impacto lo sufrió el pueblo, principalmente: el valor de los salarios y del ahorro en moneda nacional se esfumó de un día al otro y muchos artículos de primera necesidad ahora estaban fuera del alcance de las masas populares, aumentando de golpe, la población en pobreza crítica de 8 a 13 millones. El efecto se hizo peor aún, porque la medida del gobierno no estaba acompañada por ningún programa de apoyo social, como hasta el FMI lo recomendaba. Aparte, la política de "Shock" afectó fuertemente a la producción nacional, llevando al cierre de muchas fábricas con el correspondiente aumento del desempleo. Así, esta medida no sólo golpeó al pueblo, sino también a la burguesía nacional e, incluso, a parte de la gran burguesía, beneficiándose únicamente un sector de ella, aparte del imperialismo.

Adicionalmente, el gobierno, utilizando "facultades legislativas" otorgadas por el parlamento, decretó una serie de medidas para facilitar, aún más, la penetración del imperialismo en el mercado nacional: la baja de los aranceles, el recorte de subsidios estatales a productos de primera necesidad y el atraso de la tasa de cambio, entre otros. Pronto el mercado fue inundado de productos extranjeros industriales como carros, artefactos eléctricos y computadoras, pero también de víveres importados que se vendían a menor precio que los nacionales, llevando la agricultura a un desastre. Esa es la principal causa del abandono del campo y no la violencia, como lo sostienen la reacción y el revisionismo.

Aparte, el gobierno pugnó en dar las mejores condiciones a las inversiones extranjeras, ofreciendo amplias garantías. Se modificó la ley laboral, recortando la estabilidad laboral, el trato colectivo y el derecho a la huelga. El propio presidente Fujimori alegó que hoy el Perú es uno de los países con los costos de producción más bajos en el mundo.

Otra de las condiciones impuestas por el FMI era la mayor recaudación de impuestos, junto con una reducción del gasto estatal. El gobierno reorganizó el sistema de fiscalización, obligando a los millones de trabajadores informales, como ambulantes, pequeños artesanos y trabajadores eventuales, a inscribirse y pagar impuestos. Al mismo tiempo, aumentó el IGV (Impuesto General a las Ventas) al 12%. Así se sumó la carga fiscal a la reducción del salario real, empeorando aún más la situación del pueblo.

Además el Estado reducía cada vez más el gasto social, desentendiéndose de las funciones estatales y apuntando a pasarlas a las empresas privadas. Eso es gran un negocio para los monopolios, como demuestra el caso del fondo de pensiones, que pasó al sector privado. Se fundó los llamados AFP (Aseguradora de Fondo de Pensiones) que, sin excepción, son sucursales de los grandes consorcios imperialistas. Con el Estado como garante se les entrega las aportaciones de los trabajadores, descontándolas directamente de los salarios. De esa manera se pone el ahorro interno a su disposición. Ese dinero sirve de base para conseguir créditos del Estado; los capitales se invierten y se multiplican. En sólo 2 años han acumulado 50 millones de dólares, calculando que serán 5000 millones en 5 años.



Un capítulo aparte es la privatización de las empresas públicas. En el Perú, el gobierno militar de los años setenta promovió la "estatización de las industrias estratégicas" y expropió una gran cantidad de empresas, acumulando ingentes capitales en sus manos. En 1990, estas empresas estatales, se encontraban en crisis en su mayor parte. El gobierno de Fujimori pasó a reflotarlas a costa de sus trabajadores y del pueblo, para luego ofertarlas a precio de remate al imperialismo. De 220 empresas estatales han sido liquidadas como 100, otras 80 ya han sido vendidas y el resto será privatizado hasta el 95. Como parte de pago, se acepta los bonos de la deuda externa que en algún momento fueron vendidos en la bolsa hasta en un 4% de su valor; ahora están cotizados en un 60%. Así las privatizaciones resultaron un gran botín para los imperialistas, pero también hicieron ingresar grandes cantidades de dinero a las cajas del Estado. La reciente venta de la compañía telefónica a un consorcio español logró un precio de 2002 millones de dólares.

El gobierno ha recibido 2620 millones de dólares de la venta de las empresas públicas, a lo que se suman 4900 millones de dólares de ingresos por impuestos. Todo ese dinero ha salido del esfuerzo del pueblo y, en su mayor parte, llegará a manos del imperialismo. Para lograr la "reinserción", el actual gobierno, aparte de aplicar fielmente todas las medidas impuestas por el FMI en su política económica, empezó a pagar los intereses atrasados de la deuda externa. En los años 1991 y 92, esta política costó al pueblo peruano entre 80 a 100 millones de dólares mensuales, para luego, en 1993,

subir a más de 100 millones por mes. Como recompensa, los EE.UU. y otras potencias imperialistas, formaron, en dos oportunidades, un "grupo de apoyo" que otorgó nuevos créditos para que el Perú pudiese ponerse al día con el pagos de los intereses. Finalmente, a comienzos del 92, se logró la tan ansiada "reinserción", hecho que el gobierno peruano festejó como gran triunfo de su política económica. Se esperaba la llegada de grandes cantidades de dinero fresco en forma de créditos e inversiones.

Pero el esperado flujo de capitales al país no se dio. Los préstamos conseguidos en su mayor parte estaban destinados al pago de la deuda, mientras las inversiones extranjeras se dieron casi únicamente a través de reinversiones de empresas ya establecidas en el Perú como, por ejemplo, la 'Southern Perú'. La causa principal era el avance de la guerra popular que, en sus ataques constantes al gran capital, hizo del Perú un país de alto riesgo para las inversiones extranjeras. Obviamente, la estabilización



económica dependía en gran medida de éxitos en la lucha antisubversiva, lo que exigía una guerra contrarrevolucionaria más desarrollada y un gobierno de centralización absoluta. En esta situación, el parlamento resultó un estorbo para el gobierno, porque 'Cambio 90', la agrupación política de Fujimori era fracción minoritaria. Debido a las contradicciones internas, cada vez más agudas de los reaccionarios, la mayoría parlamentaria entrabó la legislación antisubversiva del gobierno, porque se rehusaba entregar mayores facultades al ejecutivo y a las FF.AA. Con el golpe del 5 de abril 1992, el gobierno de Fujimori disolvió el parlamento y asumió el control del poder judicial, lo que le dio mano libre para aplicar una estrategia antisubversiva aún más represiva. Violando prácticamente todos los derechos personales garantizados por la Constitución política, las FF.AA. apuntaron al control absoluto de la población, amortiguado por la llamada "acción cívica", para ganarse parte del pueblo con regalos de ropa y víveres donados por el imperialismo. Pero el principal éxito del gobierno fue logrado en el campo de la inteligencia con la captura de cuadros y dirigentes del PCP, en especial, con la detención de su Comité Permanente, en setiembre de 1992. Recién este hecho viabilizó el camino burocrático, porque llevó a un desprestigio del gobierno a nivel internacional y a crecientes problemas de la guerra popular.

El imperialismo y el gobierno peruano se sienten vencedores en la prolongada lucha entre revolución y contrarrevolución, pensando tener el camino libre para la aplicación de sus planes. Sin embargo, la "reactivación económica" es relativa; si vemos en perspectiva estratégica, del 82 al 93 el Producto Bruto Interno (PBI) se redujo en un 26%, mientras la población se incrementó en un 30%. Entonces, le faltaría un crecimiento de más del 50% para llegar al nivel del 82, sin considerar que la población sigue creciendo. Además no cambió nada en los problemas fundamentales de la sociedad peruana, sino, más bien, los profundiza. Las inversiones extranjeras, mayormente a través de la privatización de empresas estatales, se dieron, casi exclusivamente, en la actividad extractiva, en el sector de servicios y en la agroindustria, que es lo que interesa al imperialismo. Mientras tanto, la producción nacional, en especial la industria, está cada vez más decaída por la apertura del mercado. Hoy, la capacidad productiva industrial, ya antes poco desarrollada, se encuentra en gran parte inactiva: la industria metalúrgica sólo trabaja con 32% de su capacidad, la de papel y la de alcohol en un 6% y la industria textil, una de las ramas industriales principales del país, en un 50%. Por la política monetaria del gobierno, las exportaciones peruanas no pueden competir en el mercado internacional. En consecuencia, la balanza de pagos sigue siendo desfavorable para el Perú. Así, el país se ve cada vez más reducido a un mero proveedor de materia prima y mano de obra baratas, con la correspondiente dependencia de los altibajos de los precios internacionales. El gobierno no hace nada para impulsar el desarrollo de la producción nacional. A pesar de los medios económicos,

con los que cuenta ahora, las inversiones del Estado se limitan a trabajos de infraestructura, como la construcción de carreteras para facilitar la penetración de las empresas imperialistas al interior del país.

Mientras tanto, la situación del pueblo está marcada por el desempleo, los salarios deprimidos y una economía de supervivencia. El salario de un obrero o un maestro de escuela no cubre ni la cuarta parte de la canasta básica. Una familia promedio de Lima dispone de, aproximadamente, 150 dólares al mes, los que generalmente se consiguen sólo con el trabajo de toda la familia; un kilo de carne cuesta 3 dólares, el kilo de frijoles, un dólar. Sólo el 12,7% de la población económicamente activa (PEA) está adecuadamente empleada y el subempleo alcanza el 85%. En Lima, el centro económico del país donde vive casi el 40% de la población nacional, el 65% de la actividad económica corresponde al sector informal, compuesto por ambulantes y microempresas, que se mantienen gracias a una jornada de 12 a 16 horas y con míseros ingresos. Según la FAO, organismo de la ONU sobre alimentación, el Perú se encuentra hoy entre los países de pobreza crítica, junto con Haití, Nicaragua, Somalia y Mozambique. El 48% de la infancia sufre de desnutrición y los niños abandonan masivamente la escuela, para trabajar y aportar al ingreso familiar.

El gobierno ha creado el Ministerio de la Presidencia que maneja el FONCODES, un fondo compuesto por los ingresos de la venta de las empresas públicas y, en menor parte, por donaciones recibidas de otros países. Uno de sus objetivos declarados es la "lucha contra la pobreza". En total, dispone de miles de millones de dólares, pero, en los primeros seis meses de este año, sólo ha gastado 60 millones para obras sociales, como la construcción de colegios y postas médicas. Ahora, ¿para qué sirven las escuelas, si los niños no pueden ir porque tienen que ganarse la vida? y, ¿para qué sirve una posta médica, si no hay médico, si las medicinas, por su altos precios, están fuera del alcance del pueblo y si la principal causa de las enfermedades es la desnutrición? Sólo sirven al proselitismo político, buscando la reelección de Fujimori. Por otro lado, el gasto social sigue siendo mínimo: el 80% del presupuesto de la república se reparte entre el Ministerio de la Presidencia, las FF.AA. y el Ministerio de Economía (este último responsable del pago de la deuda), mientras el 20% restante se divide entre todos los demás sectores como salud, educación, vivienda, energía, comunicaciones, industria, justicia, etc.

Todo este cuadro muestra las dos caras de una contradicción: por un lado, la reactivación económica, que forma parte de la recuperación transitoria del imperialismo; por otro, el hambre, la miseria y el atraso de las grandes mayorías y la entrega indiscriminada de las riquezas nacionales. Ambas están íntimamente ligadas y lo primero no hubiera sido posible sin lo segundo. En otras palabras, la recuperación económica tiene su base en el mayor dominio del imperialismo y la sobreexplotación del pueblo. Como consecuencia habrá contradicciones aún más profundas y una mayor explosividad de las masas, que desembocará en un nuevo auge de las luchas populares. Y, aunque hoy la gran burguesía y el imperialismo avanzan en la aplicación de sus planes, esta situación sólo será transitoria, pues la revolución y especialmente la guerra popular, por un tiempo no estarán en condiciones de sofrenarlos. Una vez más se está demostrando que el imperialismo no puede ir en contra de su ley porque, con cada paso que da, despierta a las fuerzas que lo van a hundir y destruir indefectiblemente.

ACUERDO DE PAZ Y PACIFICACIÓN: DOS POLÍTICAS

Desde siempre, las posiciones de revolución y contrarrevolución se han diferenciado. Esa diferenciación obedece a que cada campo defiende los intereses de clase que representa. El Perú no es una isla aparte, ahí también se enfrentan el camino del pueblo explotado y oprimido y el camino de los explotadores y opresores. Desde 1980, la pugna se resuelve con las armas en la mano; con guerra popular, como continuación de la política de las masas oprimidas, bajo dirección del Partido Comunista del Perú (PCP) y, con la guerra contrarrevolucionaria, como continuación de la política de los opresores, bajo la dirección de la gran burguesía. Hoy, ambas partes plantean concluir la guerra. Pero, mientras la reacción habla de la "pacificación" del país, el PCP ha dado la consigna "Luchar por un Acuerdo de Paz!". Estos términos implican intereses y objetivos completamente opuestos, de acuerdo con la posición de cada clase. En la compleja lucha de clases todos se sitúan, consciente o inconscientemente, tácita o explícitamente, al lado de la revolución o la contrarrevolución. No existe posición intermedia. Así es y así será en el futuro. Desde este punto de vista se debe ver las diferentes posiciones y actitudes, frente a la propuesta de un acuerdo de paz, planteada justa y correctamente por el Presidente Gonzalo, jefatura del PCP.



Cuando a fines de los ochenta la guerra popular se acercaba al equilibrio estratégico, la amenaza para el viejo Estado era cada vez más evidente. Incluso la guerra popular había devenido en un serio riesgo para la seguridad del imperialismo norteamericano en su zona de influencia. Los intereses del imperialismo, de reaccionarios y revisionistas, coincidían en que la tarea principal y urgente en el Perú era aniquilar la guerra popular, lo que demandaba una estrategia que llevase a la destrucción del Partido Comunista del Perú y de la guerra popular. Desde el comienzo, la guerra contrarrevolucionaria se centró en el aspecto militar, desarrollando genocidios masivos en todo el país, principalmente en contra de los organismos del nuevo Estado, como son los Comités Populares clandestinos y abiertos. En el campo de la

reacción, se clamaba cada vez más, por un cambio de la estrategia antisubversiva, poniendo mayor énfasis en los campos político, económico y psico-social. Para ello, esbozaron y promovieron una guerra contrasubversiva más desarrollada, basada en los 4 elementos de la llamada guerra de baja intensidad, aplicándolos a las condiciones del país: acción cívica, control de la población y de recursos, operaciones psicológicas y la ampliación del campo de inteligencia. Todos unidos empezaron a propagandizar la "pacificación del país", lo que para ellos es aplastar la guerra popular para mantener su sistema de explotación y opresión.

La Iglesia Católica, mediante su portavoz, el señor Vargas Alzamora fue muy clara al señalar que la "pacificación es una tarea impostergable para todos los peruanos". Inició la campaña "Compartir 1990" bajo el pretexto de ayuda a los 50 mil desplazados de las zonas de emergencia. En octubre de 1990, sale a luz cómo la Iglesia crea y desarrolla organizaciones para combatir y enfrentar la guerra popular. No sólo cumple el papel de escudo ideológico para el campo de la reacción, sino también interviene en la política y en lo organizativo, desarrollando el criterio de que, por encima de la lucha de clases, está el soñado reino de los cielos, encubriendo aquí en la Tierra, a ardorosos "cruzados" de frenéticos contrarrevolucionarios.

Al asumir el poder el gobierno actual, en 1990, coge los planteamientos sobre la "pacificación". Fujimori, en su discurso de asunción al poder, el 28 de julio de 1990, va a enarbolar el diálogo para

presentarse como hombre que busca pacificar sin sangre, cuando en realidad se basaba en las bayonetas. Buscaba prestigiarse, encontrar apoyo para un genocidio mayor y decir en el futuro que su buena fe había chocado con la tozudez de los fanáticos, refiriéndose al PCP. Pero su posición no era precisamente dialogar, sino sentar bases para aplicar una guerra antisubversiva más desarrollada y aplicar la estrategia contrasubversiva norteamericana de la llamada guerra de baja intensidad. Los criterios que vierte sobre pacificación, en ese mensaje son muy generales y escuetos.

En mayo de 1991, las opiniones y los lineamientos fueron más desarrollados. Concebían la lucha contrasubversiva, movilizándolo a todas sus fuerzas, tanto militares como civiles, en una acción coordinada con el uso de sus bases sociales u organizaciones de masas, la participación de la Iglesia, partidos políticos, medios de información, universidades e instituciones en general.

Plantearon un compromiso de pacificación y especificaron las funciones de los ministerios. El de Defensa, conformaría el "Comité unificado de Pacificación", que intentaría conducir la acción contrasubversiva para las acciones bélicas. El Ministerio del Interior, debía fortalecer las fuerzas policiales y reapertura de los puestos policiales clausurados. Al Ministerio de Relaciones Exteriores le correspondía desarrollar una campaña para contrarrestar el prestigio cada vez más creciente del PCP y la guerra popular en el exterior. Los Ministerios de Educación y otros deberían aportar al plan de pacificación con otros medios a su disposición. Además, el Comando Conjunto de las fuerzas armadas y policiales planteó nuevas concepciones y fundamentos ideológicos, teóricos y prácticos que deberían sustentar el plan de pacificación, apuntando a mejorar la imagen de las FF.AA. y FF.PP. y ampliar sus funciones en acciones no-militares.

Por su parte, el imperialismo norteamericano, a través de su Departamento de Estado y de Defensa, tomaba interés directo en la guerra contrasubversiva. La íntima ligazón entre el Departamento de Defensa de EE. UU. y las fuerzas armadas del Perú se evidenciaba en muchos aspectos, especialmente en aquellos de orden psicológico, logístico e inteligencia.

En aplicación de esta concepción estratégica, las FF.AA. y FF.PP. empezaron con operativos sistemáticos en barriadas y aldeas. En estas llamadas "acciones cívicas", primero allanaron las casas en horas de la madrugada y detuvieron a todo sospechoso de ser simpatizante o activista del PCP. Luego reunieron a toda la población para empadronarla y darle charlas políticas, para después pasar a repartirles ropas y víveres donados por el imperialismo. En el campo aprovecharon estos operativos para presionar al pueblo a que forme rondas campesinas, como tropas auxiliares bajo mando de las FF.AA. Práctica frecuente era acusar de "terrorista" a todo aquel quien se oponía, lo que implicaba la muerte segura. Una vez formadas las rondas les repartieron armas y pusieron a la cabeza licenciados del ejército o gamonalillos de su confianza para poder controlarlas.

En cuanto a guerra psicológica, el gobierno convino con los medios de información más importantes del país, de reducir al mínimo la difusión de las acciones de la guerra popular y centrar en los éxitos de la lucha antisubversiva. Además, llevaron adelante campañas publicitarias intensas y volanteos masivos desde aviones en campo y ciudad. En el campo de inteligencia, crearon el SIN (Servicio de Inteligencia Nacional), unificando los diversos servicios de inteligencia de las FF.AA. y FF.PP. El SIN se concentró en el soplónaje a amplia escala. A partir de ahí, empezó la infiltración sistemática en todas partes donde suponían alguna influencia del PCP, como en barriadas, organizaciones populares y universidades. Además, llevaron adelante la supervisión permanente de lugares públicos, como mercados o paraderos de microbús. Mientras tanto, el trabajo de la DINCOTE (Dirección Nacional contra el Terrorismo) apuntó a la dirección política de la guerra popular, es decir al Partido y especialmente a su jefatura. Se le aumentó el personal considerablemente y, con ayuda del imperialismo norteamericano, se le dio los medios más sofisticados y la mejor capacitación.

Aparte, se unieron todas las llamadas fuerzas civiles entre partidos políticos burgueses y revisionistas, la Iglesia Católica y otras instituciones en "marchas por la paz" o en el llamado "Consejo de Paz" que, por sus contiendas y pugnas internas nunca llegó a funcionar.

Por su parte, el revisionismo con sus planteamientos de "paz con justicia social", desarrollaba propaganda entre las masas contra la guerra popular. Ellos siempre han combatido al PCP y a la revolución, buscando evolucionar y defender el sistema, en vez de cambiarlo, y desarrollando acciones de delación. Al ver que el avance del PCP socavaba su antiguo cabalgamiento sobre las masas (a través de la CCP, CGTP etc.), sostenían que las masas están entre dos fuegos, partiendo obviamente de su propia situación de lacayos sin sueldos, cuyos servicios son rechazados. Al mismo tiempo, con criterio vulgar y oportunista, trataron de subsanar sus contradicciones, para que así el pueblo apoye la guerra contrasubversiva.

Toda esta campaña de pacificación obviamente repercutió en el pueblo, principalmente en las zonas dominadas por el gobierno y las FF.AA., creando una opinión pública favorable al término de la guerra, aunque sólo sea para librarse de las constantes batidas y allanamientos.



Pero su principal éxito de la lucha antsubversiva en el campo de inteligencia se logró con la captura de cuadros y dirigentes del Partido y, sobre todo, con la captura del Presidente Gonzalo, el 12 de setiembre 1992. La detención de la Dirección Central del PCP implicó un golpe decisivo sobre la ya debilitada dirección proletaria, repercutiendo directa, larga y estratégicamente, no sólo tácticamente sobre todo el Partido, la guerra popular y la revolución peruana. Sin embargo, la guerra popular no ha sido derrotada ni será derrotada. El problema principal que enfrenta es el de su dirección proletaria y, por tanto, no puede desarrollarse sino sólo mantenerse con la perspectiva de entrar en guerra de desgaste

y en creciente riesgo de derrota. En esta situación, el Presidente Gonzalo propone un acuerdo de paz que debe servir al PCP, para volver a ganar la iniciativa y mantener el mayor contingente posible para proseguir su camino.

Por tanto, para el Estado peruano, el gobierno y la oposición, la paz ha devenido en una necesidad, que para ellos es la derrota de la guerra popular y el aplastamiento del PCP, buscando barrerlos del mapa, conjurando toda posibilidad futura de desarrollo en defensa de la clase y del pueblo, aplicando la "pacificación". Sin embargo, implicaría un gran costo en vidas, gasto, tiempo, mayor profundización del enfrentamiento social, con toda su secuela de encono y resentimiento, más la crítica y presión internacional. Todo esto les hace estar por la paz, aún a regañadientes.

Hoy, no obstante que la situación objetiva establece la necesidad de un Acuerdo de Paz y se marcha a él, el campo reaccionario seguirá haciendo todo lo posible para imponer su "pacificación" e impedir el Acuerdo. Pretenderán introducirla soslayando el Acuerdo y buscando someter al PCP y las fuerzas revolucionarias a sus leyes, como la "ley de arrepentimiento" y otras similares. Y, en todo caso, apuntarán constantemente a que el Acuerdo de Paz se dé en las peores condiciones para el PCP y el pueblo, prosiguiendo con su acción represiva, como ha demostrado la mayúscula ofensiva genocida de abril y mayo. Mas, aún sancionado el Acuerdo, la cuestión será su aplicación. Pese a todo, siendo el acuerdo una necesidad objetiva, se abrirá paso y, de su aplicación, devendrá la paz, pues es necesidad del pueblo, de la nación y de la sociedad peruana en su conjunto.

Quienes se opondrán al Acuerdo -y en este sentido presionarán al pueblo- son los que directamente han servido y se han beneficiado de la guerra contrasubversiva. Ellos querrán proseguir su nefasta y

"productiva" labor, más aún si pretenden convertirse en base política del gobierno y cumplir el papel del gamonalismo, del caciquismo politiquero, como muchos mandones al servicio del amo de turno.

Otros que se lanzaron frenéticamente a combatir al Presidente Gonzalo y a oponerse al Acuerdo de Paz han sido los revisionistas y oportunistas que gritaron "traición", "capitulación", "cobardía". Son los mismos que por años han proclamado el llamado "diálogo" para servir a la "pacificación" con el único fin de llevar la guerra popular a la capitulación y sacar provecho político de ello. Si hoy se lanzan contra el Acuerdo de Paz es porque no corresponde a sus intereses y apetitos.

A ellos hace coro la posición "ultraizquierdista", una posición simplista, sin fundamentos políticos sólidos, claros y precisos que defiende criterios de "pensamiento gonzalo sin Gonzalo", pero combate al Presidente Gonzalo y la izquierda del PCP como traidores y capituladores. Carentes de objetivos y enarbolando "mantener la lucha a ultranza", abren el peligro de una alianza con la oposición, incluidos los revisionistas, que cobijaría oscuros y mezquinos intereses. Es la ciega sinrazón política, producto del más torpe y monstruoso subjetivismo, unilateralidad y superficialidad. Estos no serán más que la expresión de una pandilla de Chang Kuo-tao.

Otros que se oponen a la posición proletaria del PCP, son los defensores de una posición derechista de renegar y abandonar la revolución, de ponerse al margen o pasándose al campo enemigo. Su actitud está marcada por un profundo pesimismo al pensar que el Partido y la revolución están descabezados, que la guerra popular está derrotada y que hay que dejar de luchar y esperar mejores tiempos. Igual que posición ultraizquierdista, sirven a los planes de la reacción de aniquilar al PCP mediante su política de "pacificación", para que nunca más se levante.

La necesidad del pueblo peruano y del PCP, es luchar por un Acuerdo de Paz, derrotar el engendro reaccionario de la "pacificación" y aplastar los mezquinos intereses de quienes se oponen a esta necesidad. El Acuerdo de Paz es un acuerdo revolucionario de combate y, en sí, es una forma de lucha política.



CUATRO ETAPAS DE LA HISTORIA DEL PCP



El 7 de octubre de 1928, se fundó el Partido Comunista del Perú. En los 66 años de su existencia, el PCP ha devenido un Partido de nuevo tipo que, a través de la aplicación consecuente del marxismo-leninismo-maoísmo, comprobó la validez universal del maoísmo, haciendo un aporte decisivo a la revolución proletaria mundial para la cada vez mejor comprensión y el creciente reconocimiento del maoísmo como nueva, tercera y superior etapa del marxismo. Hoy, es el único Partido en el mundo que, por 14 años, ha dirigido una guerra popular exitosa y es considerado el Partido más desarrollado ideológica, política y militarmente y reconocido como vanguardia de la revolución mundial por muchos comunistas y revolucionarios. Un papel decisivo en este proceso le corresponde al Presidente Gonzalo quien durante treinta años viene determinando la línea del Partido y lo ha convertido en lo que es hoy.

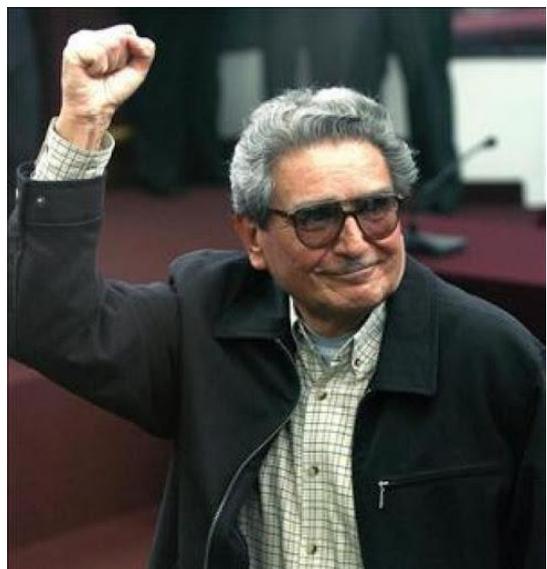
Una gran lección que se puede sacar de la historia del PCP es la importancia de una línea política justa y correcta. Una de las características esenciales del desarrollo del Partido ha sido la lucha permanente contra el revisionismo, que en todo momento trataba de convertirlo de un instrumento de lucha del proletariado en un partido obrero burgués al servicio de las clases explotadoras y durante un largo período tuvo éxito en su negra labor. Todo lo logrado del PCP hasta hoy ha sido gracias a la correctitud de su línea, que desde el primer momento tenía que imponerse contra posiciones contrarias.

La fundación del PCP ha sido un producto del auge de la lucha de clases en los años veinte en el Perú. Su fundador, José Carlos Mariátegui lo concibió como un Partido marxista-leninista y estableció los fundamentos de su línea que en muchos puntos coincidía con las tesis del Presidente Mao sobre el camino de la revolución en los países atrasados. Mariátegui reconoció que los problemas principales del país eran el atraso feudal y el sometimiento al imperialismo. Observó que las grandes masas de los oprimidos eran campesinos pobres que, en consecuencia formaban la fuerza principal de la revolución. Pero sostuvo que en la época actual el proletariado es la única clase realmente revolucionaria y, por tanto tenía que dirigir la revolución, uniéndose con las demás clases oprimidas, principalmente el campesinado y, con este fin, construir un Partido comunista. Además estableció que la transformación de la sociedad sólo era posible con violencia revolucionaria, cercado las ciudades desde el campo en una lucha prolongada. Esta concepción chocó la resistencia exasperada de los elementos pequeñoburgueses del movimiento popular, que plantearon, la clase obrera era demasiado débil y, por tanto, sólo la pequeña burguesía podría dirigir la revolución; como forma de organización propusieron un movimiento internacional en vez de un Partido comunista. Esta lucha llevó a una escisión, surgiendo la organización del APRA y el PCP.

Pero pronto se demostró que los elementos pequeño burgueses habían infiltrado también al mismo Partido. Después de la muerte de Mariátegui el año 30 subieron a la superficie y usurparon la dirección del Partido. Abandonaron el camino de Mariátegui y pusieron el Partido al servicio del viejo sistema, entrando en alianzas electoreras con partido burgueses y participando en las elecciones bajo el pretexto de la "unidad nacional". En el siguiente tiempo, el PCP se infló como un globo, que finalmente reventó cuando un gobierno militar llegó al poder y casi lo destruyó. Después de este retroceso, había cada vez más inquietudes dentro del Partido, clamando el cambio de la línea. Pero la dirección mantuvo el rumbo revisionista, siguiendo las posiciones de la coexistencia pacífica, la transformación y la emulación pacíficas de Jruschov.

A fines de los años cincuenta el Partido recibió nuevos impulsos de la revolución cubana, reforzados por el ascenso del movimiento popular, principalmente de las luchas campesinas en el país y la difusión internacional de los escritos del Presidente Mao y, principalmente su lucha contra el revisionismo contemporáneo de Jruschov, a comienzos de los sesenta. Se desarrolló una fracción dentro del Partido, que decidió luchar en forma consciente y firme por el regreso a principios marxistas y la construcción de un Partido de nuevo tipo, capaz de cumplir su papel de estado mayor de la revolución, como lo definió Lenin. Este grupo de comunistas decididos ha entrado a la historia del Partido como la "fracción roja" y fue encabezado por el Presidente Gonzalo. Su primer gran avance era el derrumbe de la dirección revisionista, a comienzos del 64. En la V. Conferencia Nacional de 1965 el Partido tomó el acuerdo de retomar la línea de Mariátegui y de empezar con los preparativos para la lucha armada. Sin embargo, cuando se pasó a llevar estos acuerdos a la práctica, dentro de poco, e hizo evidente que el Partido aún no se había librado del revisionismo; había varias fracciones que persistían en otra línea, oponiéndose sistemáticamente al rumbo establecido. Seguía más de una década de lucha encarnizada por imponer y desarrollar la línea proletaria de Mariátegui contra diferentes modalidades de revisionismo, que en varias oportunidades terminó con la expulsión de fracciones enteras. A partir de 1971 la fracción roja se puso a la cabeza del Partido. La última gran lucha contra el revisionismo se llevó a cabo cuando, en 1979, se trataba de definir el inicio de la lucha armada. La oposición contra esta decisión de gran trascendencia se dio en el mismo Comité Central, llevando a la expulsión de casi la mitad de sus miembros. Esta lucha implicó una gran victoria para la fracción roja y, sobre todo, para el Presidente Gonzalo que finalmente fue reconocido formalmente como jefe del Partido. Después de las etapas de la fundación y de la reconstitución, el Partido entró en una nueva etapa de su desarrollo, la de la dirección de la guerra popular, asumiendo su misión histórica de conquistar el Poder para el proletariado y el pueblo.

El 17 de mayo de 1980 se inició la lucha armada. Basándose en el marxismo-leninismo-maoísmo el Presidente Gonzalo concibió la revolución peruana como revolución democrática de nuevo tipo, cuya tarea principal era la solución de dos problemas: el problema de la tierra y el problema de la nación. Estableció que el camino para la solución de estos problemas llevaría por una guerra prolongada del campo a la ciudad, uniendo a todas las fuerzas anti feudales y antiimperialistas poco a poco bajo la dirección del Partido hasta llegar a una fuerza superior, para finalmente tomar el Poder en todo el país y pasar a construir una sociedad socialista. Definió que la guerra revolucionaria tenía dos etapas: la revolución agraria y la lucha antiimperialista. La primera, en esencia, era una guerra campesina que ataca como blanco principal la semifeudalidad en el



campo, que es sostenida principalmente por los grandes terratenientes, pero también del Estado y del imperialismo. En el transcurso de la guerra se tenía que hacer retroceder el viejo poder y en las zonas liberadas se construía el Estado de nueva democracia, que sirve de retaguardia de la revolución y, al mismo tiempo, el comienzo de la nueva sociedad de la cual se beneficia el pueblo, principalmente el campesinado. En la segunda etapa de la revolución democrática el centro de la guerra se traspasa a la ciudad, lo que implica centrar más en las necesidades e intereses de las masas urbanas para incorporarlas a la revolución. A partir de ahí, el imperialismo y sus aliados nativos se convierten en blanco principal. Como en el Perú casi la mitad de la población es urbana, desde un comienzo se desarrolló la guerra popular en la ciudad como complemento.

La guerra popular tomó un rápido desarrollo. Después de centrar en acciones de agitación y propaganda y de conquista de armas y medios en los primeros meses, ya a fines del 80 pasó a guerra de guerrillas en el campo que pronto devino la forma principal de guerra. El año 1982, se daban las condiciones para la formación de comités populares como especificación del nuevo Estado que empezaron a funcionar en forma clandestina. Poco después las fuerzas armadas reaccionarias entraron a combatir la guerra popular. Desde un comienzo desató un cruel genocidio, desapareciendo pueblos enteros, torturando, violando y saqueando en el intento de ahogar en sangre la revolución. Sin embargo, sus acciones de terror se voltearon en contra de ellos. Muchos miles de campesinos se incorporaron al ejército guerrillero popular y se logró conquistar bases de apoyo en toda la Sierra, donde el Nuevo Estado reemplazó el poder de los gamonales y sus lacayos. Hoy, hay cientos de miles, tal vez millones de personas bajo el Nuevo Poder, la República Popular de Nueva Democracia. Por primera vez, el pueblo ejerce el Poder, y está dispuesto a defenderlo con su vida. Mientras tanto muchas de las zonas liberadas se han consolidado y los comités populares pueden ejercer el Poder abiertamente.

En las ciudades, la revolución en la segunda mitad de los ochenta se desarrolló con creciente vigor. Con los llamados "paros armados", en muchos casos, ha logrado a paralizar las ciudades por varios días. Aparte de la construcción de una guerrilla urbana, el PCP plasmó su trabajo en la formación de organizaciones de masas para la lucha reivindicativa. Con el tiempo, la revolución pudo echar raíces profundas en muchas barriadas, donde empezó a construir los comités de lucha popular como forma germinal del Nuevo Estado en la ciudad, tomando influencia en forma creciente en la política local.

Todo este proceso, enfrentó al PCP y principalmente su dirección política, encabezada por el Presidente Gonzalo, con una gran cantidad de problemas nuevos. Aplicando certeramente el marxismo-leninismo-maoísmo a las condiciones concretas se forjó el pensamiento que contiene las leyes de la revolución peruana. Es producto de la gran labor y capacidad práctica y teórica del Presidente Gonzalo y se encuentra en constante desarrollo de acuerdo que surgen situaciones nuevas. El pensamiento gonzalo ha sido y es el arma principal del PCP y gracias a él la revolución ha podido vencer todas las dificultades y revertir condiciones adversas.

En 1991, la guerra popular conquistó el equilibrio estratégico. A partir de ahí, la cuestión era cómo desarrollarlo. Considerando este problema, el Comité Central del PCP acordó un nuevo Plan de Desarrollo Estratégico, en julio 1992, que implicaba pasar de la revolución agraria al camino popular de liberación; lo que significaba en concreto: el traspaso del centro de la guerra del campo a la ciudad, la construcción de un frente popular de liberación y un ejército popular de liberación, la especificación del programa de la revolución democrática y la elaboración del programa concreto, y referente al nuevo Poder como concretar la estabilidad relativa del Nuevo Estado y formar un gobierno central. La solución de todas estos problemas dependía en gran parte de la dirección del Partido.

Poco después, el 12 de septiembre de 1992, el Presidente Gonzalo y la dirección central eran detenidos. Una nueva dirección asumió la conducción del Partido y la aplicación del nuevo plan y chocó con dificultades. Como toda nueva dirección, tenía que ganar autoridad y lidiar con las aspiraciones de otros que se sintieron llamados a dirigir y, además tenía que enfrentar una serie de problemas políticos sumamente complejos y nuevos. Las soluciones se atrasaron y la guerra popular dejó de desarrollarse.

Frente a este problema, el Presidente Gonzalo propuso un acuerdo de paz al gobierno peruano y se entró en negociaciones. Hasta donde se sabe, el PCP ofreció suspender de inmediato todas las acciones armadas, salvo las de defensa, y al concretarse el Acuerdo disolver las bases de apoyo y el ejército guerrillero popular. A cambio, exigió del gobierno la suspensión de las acciones represivas y bélicas, la liberación de los presos políticos y prisioneros de guerra y una nueva legislación,

considerando los derechos del pueblo. Al Partido, el Presidente Gonzalo dio la consigna "Luchar por un Acuerdo de Paz y sentar bases para el II Congreso!", fundamentando que era una necesidad para el pueblo, la nación y la sociedad peruana en su conjunto; para el pueblo, a quien sirve el Partido, porque llevaría a unirlos; a la nación, porque su situación se complica y agrava con la actual ofensiva del imperialismo. Y en lo que se refiere al Partido, el acuerdo de paz le permite volver a ganar la iniciativa, a mantener el mayor contingente posible y, al final de cuentas, crear así las condiciones para el II Congreso del Partido, que pondrá los fundamentos para su rumbo en una nueva cuarta etapa de su historia. Por tanto, la correcta aplicación de la política de luchar por un acuerdo de paz es decisiva para el desarrollo del Partido y de la revolución. El Presidente Gonzalo destaca, que esa es la solución adecuada para las dificultades actuales del PCP, porque el problema principal es el de la dirección política como consecuencia de la detención de la dirección central. Aparte, se viene dando en un momento de repliegue político general de la revolución mundial y de una ofensiva contrarrevolucionaria del imperialismo, que también repercute en la revolución peruana. Hace referencia a los acuerdos de julio 1992 como programa político general para el repliegue político general en el Perú.

Por otro lado, el acuerdo de paz también corresponde al interés del campo reaccionario aunque preferirían aniquilar la guerra popular y el Partido, pero implicaría un gran costo de tiempo, gasto y vidas, aparte de la profundización del enfrentamiento social, así como la crítica y la presión internacional. Así, los reaccionarios aceptarían el acuerdo aunque a regañadientes.

La oposición contra la política del Presidente Gonzalo proviene del mismo lado de siempre en la historia del Partido, es decir del revisionismo, dentro y fuera del Partido. en coro gritan "traición", "capitulación", "cobardía" e insisten que se debe continuar como hasta ahora. Los representantes de los partidos comunistas y grupos que, por años han predicado el llamado "diálogo" y se ofrecieron de intermediarios; hoy han tomado la posición contraria y exigen la continuación de la guerra popular o, por lo menos la participación en las negociaciones. Al final de cuentas quieren sacar provecho político de los sacrificios innecesarios del pueblo.

Pero también en el Partido mismo ha surgido una posición ultraizquierdista que se opone a la directiva del Presidente Gonzalo e insiste en "mantener la lucha". Evidentemente esta posición es promovida por algunos dirigentes que controlan una parte del ejército guerrillero popular y organismos de masas. En febrero de este año han hecho una conferencia en la que se han reafirmado en los acuerdos del I Congreso del Partido de 1988 y en el pensamiento gonzalo. Sin embargo, el posterior desarrollo de la línea por el Presidente Gonzalo, en especial su pensamiento sobre el desarrollo del equilibrio estratégico lo callan completamente. La difusión de los acuerdos del CC de julio 1992 la han prohibido y el discurso del Presidente Gonzalo desde la prisión de septiembre 92, donde los resume, lo difunden recortado. Así han retomado la antigua posición de "pensamiento gonzalo sin Gonzalo", renegando de la jefatura del Presidente Gonzalo. Sobre sus fundamentos y objetivos políticos sólo manifiestan generalidades y a sus adherentes les han prohibido cualquier estudio con la posición contraria. La única forma de combate contra los defensores de la posición del Presidente Gonzalo, que se conoce de ellos, son ataques personales, insultos y mentiras.

Hoy, la posición ultraizquierdista es la traba principal para el acuerdo de paz. Es una posición revisionista que sirve únicamente al sistema de los explotadores y apunta al aniquilamiento del Partido. Con su actitud, el ultraizquierdismo apunta a la escisión de las fuerzas revolucionarias y debilita la posición del PCP, dándole al gobierno un pretexto para continuar su guerra contrarrevolucionaria. Y más débil la posición del Partido, menos condiciones puede poner.

El Presidente Gonzalo ha predicho la perspectiva de los representantes de la posición de "mantener la lucha a ultranza": la alianza consciente o inconsciente, tácita o declarado con los que se oponen al acuerdo de paz por intereses mezquinos y oscuros, en especial el revisionismo, lo que

necesariamente llevaría a la destrucción del Partido, empezado por el abandono de su base ideológica, el marxismo-leninismo-maoísmo, pensamiento gonzalo.

Una vez más se confirma la gran experiencia de la historia del Partido: el deslinde claro con el revisionismo dentro y fuera del Partido decide sobre la existencia del Partido o su destrucción. Actualmente, el factor principal para el desarrollo del PCP es que existe la izquierda del Partido que ha asumido la lucha por imponer la línea proletaria, y tarde o temprano se impondrá, en las condiciones que sea, y la revolución continuará.